

Racismo, eurocentrismo y multiculturalidad

Danilo Martuccelli

Investigador del CNRS de la Universidad de Bordeaux (Francia)

Cuando me invitaron a hablar ante ustedes, me dijeron que hiciera una exposición teórica sobre el problema. Yo creo que la mejor manera de exponer una teoría sobre el racismo es partir en primer lugar de cuáles son los términos en los que se debate sobre el racismo hoy en día en Europa, en segundo nivel explicar cuáles son las condiciones macroestructurales más globales que explican la expansión del racismo y en tercer lugar qué es en realidad el racismo y como ve el mundo el actor racista.

Términos en los que se debate el racismo hoy en día en Europa:

Cuando uno abre la prensa en cualquiera de los países europeos, nos encontramos con dos posiciones sobre el racismo y la integración de los inmigrantes:

- La primera posición es optimista y consiste en decir, con un razonamiento histórico sin fallas: tal y como en el pasado las sociedades europeas integraron una gran cantidad de inmigrantes de diferentes orígenes, pero se hizo con tiempo, hoy en día no hay ninguna razón estructural para que ese proceso no se opere de la misma manera. Optimismo histórico sin fallas que justifica una política de buenos sentimientos, muchas veces asociada a ciertas tendencias políticas.

- Por otro lado existe la gente recalcitrante que tiene un razonamiento perfectamente simétrico por el lado opuesto: hoy en día el problema es que los inmigrantes que llegan a los países europeos son extremadamente diversos culturalmente. Además han dejado de ser una mano de obra y son una inmigración que se instala, y eso produce la reacción adversa que consiste en decir que no se pueden integrar porque nuestras sociedades tienen patrones culturales diferentes a los de los inmigrantes que llegan, y por ello va a ser necesario tener políticas de segregación o discriminación.

Por supuesto, las dos posiciones son perfectamente válidas y perfectamente falsas. Como sociólogo, el problema no se puede plantear desde el punto de vista de si la diversidad cultural es hoy en día mayor o menor que en el pasado, en realidad es mucho menor. La distancia cultural entre los "autóctonos" y los "inmigrantes no cesa de disminuir. Pero el optimismo histórico también se equivoca puesto que pasa en silencio los cambios estructurales que han vivido las sociedades europeas.

Para resumir el primer punto, el problema no es la distancia cultural ni la cuestión del tiempo. Hoy en día las sociedades europeas industriales nacionales trabajan sobre ellas mismas de una nueva manera; lo que es el trabajo y la salud operan con otros códigos. Porque ha habido esta mutación de la sociedad, hoy en día el racismo crea otra vez problemas de una manera particular.

Condiciones macroestructurales que explican la expansión del racismo:

Si ustedes opinan, como creo yo que el problema es de naturaleza macrosocial, ¿cómo explicar esta oleada de racismo en Europa? Yo diría que hay que partir, tratando de establecer un mecanismo comparativo en Europa, de una especie de triángulo estructural de análisis.

1.- Todos los países europeos, con variaciones locales importantes, responden a un modelo estructural único. Todos han poseído durante años una sociedad industrial, es decir un tipo de sociedad en la cual hay un conflicto central, aquél que oponía a los trabajadores con los patrones y que de alguna manera determinaba una gran cantidad de debates culturales y sociales. Pongamos el caso del feminismo que durante mucho tiempo se definió en el interior de un combate clasista, y no es hasta los años 70-80 que el feminismo se separa con una problemática autónoma de una lógica clasista.

2.- Todos los países europeos de los años 50 a los 75-80 fueron sociedades que pusieron en práctica un estado del bienestar, modelo de estado que se basó en la redistribución del ingreso y en ciertas políticas que aseguraban la integración y la cohesión nacional, con fuertes variantes según los países. El resultado fue, grosso modo, el mismo tipo de estructura estatal, con gran peso de la seguridad social en la concepción que de la legitimidad del estado se hacen los ciudadanos de los países europeos.

3.- Tercer bloque, más que importante, es la concepción de la nación en Europa. Cualquiera que sea el país considerado, existe una concepción universalista de la nación que permite la sedimentación de diferentes culturas, teniendo en cuenta los problemas de localismos, sobre todo fuertes hoy en día en Italia, Bélgica y España.

¿Qué ha pasado? Primer elemento: esta fuerte estructura de integración de un tipo de sociedad industrial de un estado y de una imagen de la nación ha entrado lentamente no en crisis pero sí en mutación: la sociedad industrial ya no está más delante de nosotros, el peso de los sindicatos es cada vez menor, el problema del desempleo ha hecho cambiar mucho los términos en los que se concebía la vida política y, sobre todo, los ejes por los cuales el debate de la producción se sobreponía a otros tipos de debates no está más en boga hoy en día, o no son tan fuertes como en el pasado. Valga el ejemplo de la crisis de las categorías de izquierda y de derecha.

Segundo elemento: lo que se llama desde hace unos años la crisis de legitimidad del estado del bienestar. Significa que en un momento dado y por varias razones el estado del bienestar no logra garantizar a los ciudadanos las ventajas materiales a las cuales les acostumbró en los años pasados. Esta crisis fiscal, esta crisis de acumulación, esta crisis de capacidad de ayuda del estado produce, de múltiples maneras, un sentimiento de pérdida de legitimidad de una franja importante de la población y sobre todo produce un fuerte sentimiento de exclusión, de abandono y de caída en los sectores sociales que más dificultad tuvieron y que más necesidad tienen de la ayuda de este estado asistencial.

Tercer elemento, que es el más fácil de comprender: la nacionalidad y la identificación de la nación con una imagen universal está hoy profundamente en crisis o en todo caso en mutación. La emergencia de identidades particulares en diferentes lugares muestra bien que la nación no puede ser más un solo cuadro que enmarca la cuestión social. Bien, es la triple desintegración de estos modelos lo que explica de alguna manera las tipologías diferentes de racismo que existen hoy en Europa.

Quisiera hacer un paréntesis. El gran problema que existe para hacer una comparación europea del racismo hoy en día es de índole práctico, metodológico, de investigación y también teórico-intelectual. El racismo básicamente se compone de cuatro elementos:

a.- En primer lugar el prejuicio, es decir una visión estereotipada del otro.

b.- En segundo lugar la segregación, que es una práctica por la cual yo trato de establecer una distancia física con el otro.

c.- En tercer lugar, y la más importante probablemente, la discriminación, es decir el tratamiento diferencial de un individuo en función de sus orígenes. Por ejemplo: en la escuela se discrimina a un chico cuando, en función del color de su piel, tendrá un trato distinto a sus compañeros de clase.

d.- El cuarto gran elemento en la manifestación del racismo es la violencia, es decir, cuando el racismo entra en tal fuerza ideológica que se busca la aniquilación del otro, por ser otro.

El problema al hacer una comparación en Europa es que estas cuatro grandes manifestaciones de racismo son estudiadas en función de las culturas sociológicas nacionales, lo que hace que en Inglaterra se posean buenos índices sobre la discriminación y la segregación, cifras que casi no existen en Francia o son de muy dudosa credibilidad. Que el fenómeno de la violencia aparezca como muy fuerte en Alemania, pero que en probabilidad real interna de cifras comparativas, sea mucho menor que la que existe en Inglaterra. Que los mecanismos de prejuicio puedan hacer aparecer Italia como un país muy racista, cuando en realidad las manifestaciones empíricas de racismo son ténues. Eso no quiere decir que en un país haya más violencia que en otro. Estamos en la imposibilidad científica real de decirlo, puesto que lo que pasa es que dada la cultura sociológica en tal o tal país se ha privilegiado tal tipo de análisis sobre otro, lo cual hace que se conozcan mejor ciertos fenómenos en lugar de otros.

Veamos ahora la comparación. Si se acepta la idea del modelo social que se descompone, ello nos permite ver, según los países europeos, diferentes familias de racismo:

Francia

Los tres modelos fueron fuertemente integrados: no hay otro país que se crea a la vez un país industrial, una nación universal y donde el culto al estado sea tan fuerte como en Francia. Y la desintegración de los tres modelos ha sido relativamente débil, lo cual explica el racismo ténue que existe en este país. El racismo va sobre todo a expresarse a través de una especie de prejuicio que se expresa verbalmente, una voluntad de segregación, poca violencia y en la práctica discriminación, seguramente importante, pero de la que no se disponen cifras.

¿Cómo se explica este fenómeno? En Francia la nación y sus valores universales son aún relativamente fuertes, los patrones de regulación que la sociedad francesa opera, del mercado de trabajo y de la zona de exclusión siguen siendo activos. En lo que concierne al estado, siempre ha sido una especie de garantía de la unidad nacional.

El gran fenómeno racista en Francia es de aquellos habitantes de la periferia que tienen un sentimiento de caída social, una crisis estatutaria. Habían creído tener una movilidad social fuerte en los años 60. Ellos, que habían sido los migrantes urbanos obreros en los años 60, que habían logrado comprarse pequeños chalets en las afueras de la ciudad, que creyeron haber alcanzado un alto nivel social de integración, de consumo, de orgullo nacional, se encuentran, a través de aquella triple mutación social, con un sentimiento de vacío y de crisis personal.

Las grandes manifestaciones de racismo se producen en tanto que segregación urbana y prejuicio verbal en estas zonas. Por esto, y es muy importante, en este mundo de la periferia francesa, muy poco estructurado socialmente, ha habido muy pocos casos reales de violencia comunitaria. La periferia francesa es un mundo donde existen pocos valores, pocas relaciones, mucho aislamiento, miedo hacia el otro. En este mundo aislado, desagregado, con pocas organizaciones sociales, pocos sindicatos, muy pocas organizaciones católicas o similares y una vida cultural totalmente artificial manteniendo con gran esfuerzo los valores sociales, el racismo es más un sentimiento de miedo y de retraimiento individual que de hostilidad o de violencia comunitaria.

Inglaterra

El fenómeno es diferente, en primer lugar porque la estructuración de los tres elementos era tan fuerte como en Francia, dos países que, a pesar de lo que se dice, son extremadamente similares. Pero a gran diferencia de Francia, la crisis de este modelo ha sido mucho más fuerte o la mutación ha sido mucho más acentuada. Inglaterra ha tenido que liquidar el imperio en los años de la postguerra y pasar a la nación, un proceso traumático.

Inglaterra, en los últimos 15-20 años, no ha tenido que liquidar su estado del bienestar pero sí hacer una transformación profunda. Además, la situación laboral ha sufrido profundas transformaciones, no sólo por el paso del sector secundario al terciario, de la industria a los servicios, sino también y sobre todo, por la fuerte integración y extensión de una mano de obra en un sector económico informal.

Todo ello produce un racismo virulento, que se crispa muy rápidamente y se manifiesta en una violencia urbana. Es muy importante comprender eso, porque permite hacer un paralelismo con la situación francesa. En Inglaterra, la clase obrera no solamente fue una situación laboral, sino una cultura comunitaria obrera. Cuando esa comunidad obrera, dada la desindustrialización y la crisis del mundo del trabajo, entra en desagregación, la comunidad va a entrar en un proceso de sobrecalentamiento ideológico y va a generar violencia. Mientras que en Francia, en la periferia, existe racismo y segregación pero poca violencia comunitaria, en Inglaterra existen, en ciertas periferias, cifras de violencia mucho más importantes. Por decirlo en términos políticos, en Francia es el Frente Nacional que da una expresión unitaria a un conjunto de movimientos de base desparramados y débiles, mientras que en Inglaterra es más bien lo social, en tanto que tal, la comunidad atacada, la que genera violencia.

Otro punto importante en la expresión del racismo en Inglaterra es la discriminación sobre la cual han producido una excelente y enorme bibliografía. Existen informes sobre la tasa de discriminación en ciertas asociaciones, existen datos sobre la tasa de segregación en tal o tal periferia urbana, es decir se llega a saber cual es la cantidad de personas de un origen étnico que deberían ser trasladadas (y perdonen el término) a otro lugar para tener una diseminación homogénea de las poblaciones en el territorio nacional. Lo importante en el tema de la discriminación en Inglaterra es que refleja la

manera particular cómo la sociedad inglesa ha tratado el problema de los inmigrantes, antes que nada a través de un tratamiento civil, es decir por el otorgamiento de nuevos derechos sociales. Y es debido a que la política ha tratado siempre de jugar con los derechos por lo que la política de integración y de lucha contra la discriminación son particularmente importantes.

Italia

Creo que es el caso más similar al de España, por varias razones. En primer lugar, Italia es una sociedad mucho más tardíamente industrializada que el resto de países europeos. El milagro italiano, un poco como el milagro económico español, empieza en los años 60, cuando las curvas de crecimiento van hacia arriba.

Por otro lado, el sentimiento nacional italiano es muy débil con respecto, por ejemplo, al sentimiento nacional de los franceses, los alemanes, los ingleses y también, sin duda, de los españoles. Y, en tercer lugar, es un país en que el estado ha sido particularmente ausente y particularmente ineficiente, un país muy débilmente estructurado.

Lo que va a producirse con la mutación en los últimos veinte años es, lentamente, la entrada en un mundo en el cual las sociedades industriales, los sindicatos, los partidos políticos, van a perder lentamente sus fuerzas, en donde el estado ni va a aumentar ni a perder su eficacia. En realidad, para ser honestos, ha aumentado su eficacia en el rubro de la ayuda social, pero en lo que respecta a la nación va a observarse la incapacidad italiana desde el "resorgimento" de hacer una unidad de su país, y lo que eso produce hoy en día es una doble tendencia: una es la voluntad de salida de la nación italiana hacia arriba, en una especie de equivalencia al ecumenismo católico, que es hoy en día la referencia europea, y la otra hacia abajo, a la referencia localista. Porque no hay nación en Italia, el sentimiento hoy en día de los italianos se dirige hacia Europa o hacia el localismo.

Es de notar que en Italia con los inmigrantes se utilizan dos términos: uno, la designación legal de "extracomunitario", como si el otro pudiera ser definido por una alteridad legal a Europa y no a Italia, y otro cuando se hace en lenguaje popular y se les denomina "vu cumprà", sobre todo en el sur de Italia. Esta palabra en napolitano quiere decir: "estoy vendiendo productos". Lo importante es que los inmigrantes que llegan nunca usan este término, pero para designar esta alteridad, como no existe un sentimiento nacional fuerte, se recurre a esta expresión local.

En Italia las grandes manifestaciones del racismo se plantean hoy en día en tres rubros. En primer lugar, la exclusión social, es decir, la gran masa de inmigrantes con o sin papeles y que se encuentran inmersos en una verdadera guerra de pobres cada vez más grave, por las deficiencias del estado asistencial italiano, en la medida que no hay verdadera ayuda para la pobreza en Italia, o mal canalizada, o solamente canalizada por asociaciones católicas tipo Cáritas que aplica una lógica comunitaria. Lo que está produciéndose en Italia es un fenómeno por el cual los pobres italianos se enfrentan a los pobres inmigrantes por el acceso a los pocos medios de ayuda asistencial que existen en Italia. En el mundo de la marginalidad urbana, sobre todo en Roma, existen verdaderas pequeñas guerras de pobres.

El segundo elemento de tensión importante en Italia es en el plano urbano, contrariamente a muchos países europeos, especialmente en Inglaterra y en Francia, donde se invirtieron, masivamente, con formas muy diferentes en cada país, dinero en

la construcción de alojamientos sociales en los años 60 y 70. En Italia el estado invirtió poco en el acceso a la vivienda popular y la capacidad de tener acceso a estas casas, pasaba por la capacidad de clientelismo del individuo que iba a alojarse. Esto ha dado como resultado, hoy en día, que muchos italianos no tengan vivienda y que los inmigrantes que llegan, como se encuentran fuera de los circuitos de clientelismo de los partidos políticos, no tengan, hasta hace poco tiempo, acceso legal a este tipo de vivienda.

Lo cual produce un problema enorme de cohabitación urbana que se resuelve de dos maneras brutales: la primera con asentamientos urbanos, más o menos precarios, que los inmigrantes establecen en las salidas de las estaciones de trenes y en las afueras de las ciudades; la segunda, mucho más grave, es el fenómeno de invasión colectiva más o menos tolerado por las autoridades públicas, ante un problema que no logran controlar, por el cual se produce un asentamiento de 300 a 400 inmigrantes en un solo inmueble, con situaciones de saneamiento e higiene pública deplorables y que produce una tensión enorme en el barrio. Se producen movimientos populistas locales, xenófobos de lucha contra esta implantación inmigrante, que exigen que los inmigrantes sean expulsados. La municipalidad tiene miedo, por supuesto, de su futuro político y lentamente se buscan soluciones de compromiso, por las cuales existen desplazamientos de poblaciones a otros lugares. Este problema urbano es considerable, porque es el aspecto en que hoy en

día mejor se expresa la crisis del estado del bienestar en Italia.

El tercer elemento, por supuesto, es el mercado de trabajo, es decir, la competencia entre un sector informal y un sector formal. En el norte de Italia, zona industrializada, existe una fuerte integración laboral, lo cual va a traducirse, y es muy positivo y muy importante, en un acceso legal de los obreros inmigrantes, a una situación digna y legal estable. En el sur de Italia, lo que se llamó el milagro italiano, existe un sector subterráneo informal muy importante, controlado por los pequeños empresarios locales italianos y las mafias locales. Es en ese sector que se instala, en el sur de Italia, la gran cantidad de mano de obra inmigrante, con un fenómeno extremadamente paradójico: allí donde los sistemas ilegales logran controlar con fuerza el mercado informal, la violencia no se genera o se genera en menores cantidades.

Pienso en Sicilia, donde por otro lado existe un contacto muy antiguo con la cultura magrebí. En Nápoles, donde la mafia local ha sido más desestabilizada, donde el mercado de la informalidad es más inseguro, existen rencillas y arreglos de cuentas violentos entre grupos de italianos y grupos de inmigrantes. Es decir, es en la dificultad de llegar a manejar correctamente el mercado laboral en Italia donde se abren brechas para que el racismo pueda expresarse como práctica social.

Cómo ve el mundo el actor racista

La otra pregunta que uno se puede plantear, después de ver este marco macrosociológico laxo, grande y global, es en el fondo, más allá de la comprensión que uno mismo puede tener, del por qué el racismo se expande hoy en día: ¿qué es el racismo para el racista?, o mejor dicho: ¿cómo mira el mundo el actor racista? y sobre todo: ¿cómo comprender lo que el racista ve en el mundo?

En primer lugar creo que es imposible comprender el racismo específico que hay hoy en día en la Europa Occidental sin ponerlo en paralelo con lo que es la matriz relacional

de base de esta sociedad, es decir el vínculo democrático. Aceptamos la idea de que cualquiera que sea la diferencia entre los unos y los otros, existe un ámbito de igualdad legal garantizado por la ley, la justicia y el estado. La base de esta relación es importante porque más allá de las diferencias reales existe siempre un ámbito de igualdad virtual. Para decirlo en otros términos: la democracia no es más que la voluntad de desdramatizar el cara a cara de dos personas que son diferentes. Esta desdramatización del cara a cara, con fórmulas que permiten rara vez el reconocimiento de la igualdad común, es la democracia más relacional y más simple. Es la forma con la cual vivimos cotidianamente y es la matriz simbólica mayor en las cuales hunde sus raíces nuestra sociedad.

Y bien, ¿qué es lo que hace el racista? El racista va a decir que lo que él no tolera es esta ficción sobre la cual reposa el vínculo democrático, es decir, él no va a aceptar que las desigualdades, que las diferencias, puedan ser anuladas por la instauración de un ámbito de igualdad común. Es decir, no va a aceptar la idea de que la democracia pueda ser igual para hombres diferentes y va a exigirle a la política que le dé una traducción institucional a esta diferencia fenotípica o cultural, real o imaginaria.

Hay diferencias fenotípicas y culturales reales y las hay imaginarias. El racista es capaz de circular en este mundo a la vez real e imaginario, de hacer una amalgama de los dos elementos, de fusionarlos, de pasar constantemente de la tensión interétnica al fantasma racista y de exigirles a los políticos que le den una traducción institucional. El racismo es eso, esa enorme capacidad de pasar de un problema de cohabitación interétnica a una visión cerrada del mundo, donde yo excluyo al otro, y en un tercer momento pedirle al estado que intervenga para dar una sanción institucional definitiva a esta diferencia.

Lo que más le choca al racista es cuando se encuentra con un discurso de buenos sentimientos e "intelectual", que reposa en último análisis en la concepción del vínculo de la democracia: hacer iguales a los que son diferentes. Eso le parece absurdo porque él dice una cosa que es evidente a sus ojos: el otro es diferente, y no hay ninguna razón para querer que sea igual a él.

A partir de esto él debe tener ciertas cosas que el otro no debe poseer. Y la lógica se pone en marcha. En términos más simples: el buen sentido del racista siempre es un sinsentido democrático, y es en esta incompatibilidad absoluta que se abre la incomunicación mutua entre el racista y la gente que cree en algunos valores.

Pero vamos un poco más lejos, ¿cómo opera el discurso racista? Opera por esta amalgama fabulosa de lo real a lo imaginario, de lo biológico a lo social. Esta especie de discurso que tiene esa capacidad inmensa de tomar elementos de mil lados, de amalgamarlos y de producir un todo en el cual es imposible rastrear qué es biológico, qué es social, qué es real, qué es imaginario, qué es vivido, qué ha sido soñado o temido. Y es cuando el racista se instala en este mundo imaginario cerrado cuando es extremadamente peligroso. Y lo fascinante de un actor racista es la capacidad que tiene de ver el mundo exactamente de la otra manera a como estamos acostumbrados a hacerlo. Voy a poner unos ejemplos para que sea más claro:

Cuando trabajamos en Francia bajo la dirección de Michel Wieviorka, en una entrevista en una periferia en Francia, un señor nos decía que en Francia ha habido en los años 89-90 una ola de crímenes cometidos por ciudadanos franceses desesperados contra jóvenes de origen inmigrante, magrebies y de África negra.

El razonamiento del tipo era el siguiente: "yo veo esta mañana en la prensa que en Marsella un señor ha disparado y ha matado a un árabe, que un señor en París ha disparado a otro señor y que este era negro, yo creo que esta gente está fastidiando a la humanidad". Es decir la culpa es proyectada hacia los inmigrantes que son los que causan que el francés, desesperado, llegue a dispararles.

Otro ejemplo aún más grave. En una escuela francesa donde habían alumnos de varias etnias, de diferentes comunidades, una madre de familia va a reclamar a la profesora porque su hija va a una clase donde hay muchos negros y por eso su nivel de aprendizaje de lectura es deficiente. La profesora como argumento racional para contrarrestar esta protesta, responde: "oiga señora, en esta clase los cuatro o cinco mejores alumnos son niños y niñas salidos de la inmigración de origen árabe o de Africa negra". Y la señora responde: "sí, por supuesto, pero todo el mundo sabe que en esta escuela el sistema de aprendizaje de la lectura es para niños negros, porque si no, mi hija sería la primera de la clase".

Estos casos extremos son raros, pero permiten comprender la lógica final hasta la cual el racismo conduce; y lo importante es comprender que es a través de elementos más o menos reales vividos (con un exceso de vivencia) que el racismo se instala.

En la base de muchos racismos hay, generalmente, una experiencia traumática, una relación difícil con el otro, una comunicación complicada, una mala interpretación de por qué el otro es el otro y a partir de esta especie de confusión, de mala interpretación normal de la incomunicación interétnica, se pasa al prejuicio, al rechazo y a la cerrazón imaginaria.

Este discurso racista se expresa en dos circunstancias distintas: cuando hay cohabitación interétnica y cuando no la hay. Cuando la hay, se empieza contando una experiencia real, una cohabitación, un pequeño fastidio. En un momento dado la explicación va a devenir étnica, y un poco más tarde va a terminar, generalmente, en frases que hacen alusión a la violencia incorporada que el otro posee. De un problema de cohabitación, de un automóvil mal estacionado, ruido en la noche, se pasa a que son costumbres culturales diferentes y se termina con propósitos sobre la violencia propia que el otro posee.

Cuando el otro no existe, se puede vivir con el temor de que el otro aparezca, se instale, desembarque. Hasta tal punto que se está dando un hecho curioso que es la ausencia real y la presencia imaginaria. Esta presencia es más peligrosa porque, en la incapacidad de confrontar los fantasmas a una vida en común, los fantasmas pueden devenir más rápidamente delirantes.

Un ejemplo de esto es la tendencia en Francia (que hoy ha cambiado un poco, pero que en los años, 84, 88, 89 y parte del 90 era dominante), a dar una de las explicaciones electorales del voto al Frente Nacional, el partido de extrema derecha con fuertes tendencias racistas en Francia, mostrándolo como lo que Pascal Perrineau llamó "El efecto de anuncio". Es decir, el voto al Frente Nacional no se produce en las comunas, allí donde está la mayor concentración de inmigrantes, es decir de cohabitación interétnica real, sino allí donde hay una fuerte instalación de población migrante al lado. Porque yo tengo miedo de que el otro se instale, porque yo tengo muchos fantasmas del otro que está allí al frente pero que yo no conozco, yo voy a intentar votar al Frente Nacional para que haga un dique y detenga la llegada del otro.

Para terminar quisiera ir un poco más lejos; este discurso racista, esta manera tan particular de ver el mundo, esta capacidad de amalgamar elementos de lo real y de lo imaginario y de producir un mundo a la vez delirante y lleno de sentido común, hace extremadamente difícil la comunicación y ello se traduce en dos grandes personajes sociales.

El primero es extremadamente reducido. Es un racismo ideologizado, cerrado, que hace referencia a una especie de imagen de sí mismo como el hombre blanco superhombre, es decir, una especie de orgullo de la raza, que cree encarnar casi un semidios sobre la tierra. En muchos grupos facistas, grupúsculos de extrema derecha, skin-heads (pero no solamente estos), este tipo de racismo existe, tomando como préstamo una serie de ideologías de entre las dos guerras y dotándose de un elemento vivencial muy importante para jóvenes desarraigados. El caso de Inglaterra es diferente, pero en Francia e Italia pertenecen a clases medias en caída social que han sido fuertemente chocadas por la crisis. Esta referencia a un capital biológico, cuando uno ha sido desheredado de su capital social y económico es un mecanismo importante para defenderse ante la crisis de identidad. Y este racismo es extremadamente peligroso y muestra la pureza misma de esta lógica del racismo.

¿Cómo se deviene skin-head?

Para un skin-head, generalmente hay una historia traumática al comienzo, poco importa si es real o imaginaria. Lo esencial es que el individuo cuenta tener una experiencia que le ha permitido abrir los ojos, ver el mundo de otra manera (piensen en las frases terribles que Hitler escribe en "Mi lucha"), le ha permitido comprender que el mundo era de otra manera, no como los otros pensaban. Y es porque esta experiencia traumática le ha abierto los ojos y él tiene un mensaje nuevo que llevarles a los otros, esta fuerza iniciática existe en mucha gente racista. Y la incompreensión hacia los otros es la propia de todo tipo sectario, es decir él tiene una verdad no revelada pero experiencialmente descubierta, ante la cual cualquier argumento necesariamente es o falso o inócuo.

Pero existe la otra figura del racismo, está en las antípodas, que es el resentimiento, el racismo del ciudadano que habita en la periferia que se encuentra con una crisis del estado de bienestar, muchas veces con situaciones precarias de empleo y que siente una caída social real, estatutaria, y que sobre todo vive en una cierta precariedad urbana, de aislamiento social. Y aquí el resentimiento se traduce de dos maneras. En primer lugar, yo observo que los inmigrantes tienen una serie de ventajas económicas, reales o imaginarias poco importa. En segundo lugar, y es muy importante, el inmigrante, porque trae con él su cultura por la lógica de las cadenas migratorias, produce, y es normal, un mecanismo de interacción cotidiana más fuerte que el que poseen muchos habitantes de estas periferias desagregadas.

Esto produce un fenómeno curioso: el que está aislado, el que está solo, el que no posee comunidad, no es el inmigrante que llega sino el autóctono, lo cual produce un sentimiento también de resentimiento, por que la caparazón cultural que nos permite el aislamiento no la poseen los autóctonos, sino los inmigrantes.

Este sentimiento de resentimiento es aún más avivado cuando los trabajadores sociales organizan una serie de fiestas culturales hacia este tipo de población, fiestas para comunidades africanas, comunidades árabes, y nunca, o muy raras veces, a las culturas locales o a la cultura nacional, lo cual agrava para esta gente el sentimiento de crisis identitaria. Es como si tuvieran un sentimiento de ciudadanía simbólica menos

fuerte que el inmigrante. Del inmigrante se habla y se organizan fiestas populares. Ellos no tienen fiestas populares, están aislados, el estado del bienestar les ha abandonado y no tienen cultura para defender.

Estas dos grandes imágenes responden a dos imágenes de democracia que se invierten. El superhombre es aquel que no acepta la idea de igualdad posible, afirma con su orgullo y con la idea de que él ha descubierto la verdad del mundo, una imagen superior a la democracia. El resentido, al contrario, por su visión sombría del mundo, piensa lo contrario, que la democracia debería existir para él más que para los otros, pero que en realidad no existe.

El problema del racismo desde el punto de vista macrosocial, (que me parece que son las causas de fondo porque traducen expectativas de vivencias personales extremadamente importantes), surge a partir del momento en que el vínculo democrático, en el cual se encuentra arraigada nuestra vida cotidiana, no posee más sentido. La democracia en sentido vivencial es la respuesta a dos preguntas o, mejor dicho, es lo que permite dejar en suspenso la respuesta a dos preguntas esenciales: ¿por qué el otro que es distinto de mí posee los mismos derechos que yo? y la segunda pregunta ¿por qué el otro que es igual a mí tiene más bienes que yo?

En este juego entre la economía y la cultura, los derechos y las identidades, la democracia, porque permite no responder a estas dos preguntas y suspender el juicio y la respuesta, permite en la vida cotidiana desdramatizar el cara a cara. Es cuando ese cara a cara vuelve a ser dramatizado por el racismo, cuando necesariamente se sale de la matriz simbólica de la democracia. En ello, lo creo profundamente, resta sin embargo la inteligibilidad final del racismo.

Extraído de Sappiens.com "Comunidad del conocimiento"

http://www.sappiens.com/castellano/articulos.nsf/Solidaridad/Racismo,_eurocentrismo_y_multiculturalidad/ADF23BC52FBB3694002569BA004B725F!opendocument